

tanto que las tropas que les seguían, y principalmente la escolta de Morelos, opusieron alguna resistencia á las nuestras con sacrificio de sus vidas, que casi todos perdieron.

Continuó sin embargo nuestra valerosa tropa persiguiendo á sesenta ó setenta hombres, que eran los únicos que acompañaban á Morelos, que para dificultar el alcance se dirigió á los volcanes, pero ya fatigados nuestros caballos y la mayor parte de la tropa á pié estirándolos del ronzal, tuvo que detenerse á tomar aliento, y le fué preciso desistir.

Las siete leguas están tan sembradas de cadáveres enemigos, que no se dá un paso sin que se encuentren muchos y casi sin escepcion son todos costeños, pintos, negros y hombres decentes.

Sus fusiles todos los arrojaron en el campo, con lo que se ha provisto parte de mi caballería, otros se han recogido en el parque y muchos se han extraviado.

Sus cargas, sus municiones, sus banderas, sus cajas de guerra, la artillería del rey que tenían en su poder y las que habían construído, que no baja de treinta piezas, todo ha caído á nuestras manos.

La dispersion ha sido tan completa que la mayor reunion era la que seguía á Morelos, su pérdida excede de cuatro mil hombres, y de setecientos prisioneros: la nuestra no pasa de quince ó veinte hombres entre muertos y heridos.

La accion ha sido de las mas importantes, no solo en el hecho sino por sus resultados. Los pueblos atemorizados detestan del inmoral Morelos, que les ha comprometido, y en muchas leguas no tengo noticia de que haya ninguna gavilla insurgente.

Los cuerpos, gefes y oficiales que se han distinguido en esa gloriosa jornada, los manifestaré y recomendaré á V. E. en el detall que cuando lo permita mi salud me reservo hacer.

Dios guarde á V. E. muchos años. Campo de Cuautla, Mayo 4 de 1812.—Excelentísimo Señor.—Félix Calleja.—Excelentísimo Sr. Virey D. Francisco Xavier Venegas."

Con fecha 6 de Mayo dirigió al Virey el siguiente parte:

El terror empieza á producir sus efectos en los malos, la confianza en los buenos y la decision por la justa causa en los vacilantes: unos se presentan, otros huyen y otros se declaran de un modo que ya no les será facil equivocarse por mas tiempo.

Los mariscales Mariano de la Piedra, dueño de la hacienda de Canario, Leonardo Bravo y el coronel Luciano Perez, han sido presos con una gavilla de veinticinco á treinta hombres, que desarmados huían de Cuautla, en las inmediaciones de la hacienda de San Gabriel, por los patriotas D. Antonio Taboada y D. Basilio del Castillo, de que me han dado parte, y á consecuencia he dispuesto que la expedicion que en esta misma mañana salió para Cuernavaca al cargo del capitán D. Miguel Ortega, marche á San Gabriel á disipar en oportuno tiempo las gavillas que en sus inmediaciones podrán reunir los fugitivos, y que concluida ésta, evacúe su primera comision en union de los mismos patriotas de San Gabriel, y esta noche saldrá un escuadron de este campo por los reos, que por su calidad, influjo, nombre y representacion, son de los mas interesantes.

Las gentes de Cuautla han sido tratadas con tanta humanidad, que admiradas prorumpen en elogios del ejército y en protestas de arrepentimiento. Los huérfanos y viudas que se encuentran á millares, los enfermos que pasan de setecientos, todos han sido socorridos y auxiliados del modo mas eficaz, cuya conducta comparada con la inhumanidad de Morelos, que reservando para sus negros muchos víveres que de todas especies les hemos hallado, ha permitido morir de hambre á mas de ocho mil personas, si se cree al público, á tres clérigos insurgentes, que con muchos otros tengo presos, y al informe de los sentidos, que en lugar de hombres no se han presentado á su exámen sino espectros transparentes, ha formado el contraste mas desventajoso á la mala causa y mas útil á la justa.

Sigo recogiendo muchos fusiles, y creo que serán muy pocos los que llevase el cortísimo número de negros fugitivos que escapó de la accion, las balas que les tiramos durante el sitio, cantidad de cobre, hierro y otros artículos, destruyendo baterías y tomando otras providencias.

Con fecha 4 decía Calleja al Virey lo siguiente:

Excelentísimo Señor:

Acompaño á V. E. la adjunta copia de la carta dirigida al cura Morelos por la ridícula junta de Zitácuaro, cuyo original hallada en la casa de aquel cabecilla me reservo por no exponerle al riesgo

del camino, en que manifiestan los rebeldes del modo mas decidido, terminante y descarado sus verdaderas depravadas intenciones de separar este reyno de la monarquía española, hacerlo independiente y no reconocer la soberanía de nuestro amado monarca el Sr. D. Fernando VII, sirviéndose de su augusto nombre solamente para seducir á los incautos y atraerse la voluntad de los pueblos.

Dios guarde á V. E. muchos años. Campo sobre Cuautla, Mayo 4 de 1812.—Excelentísimo Señor.—Félix Calleja.—Excelentísimo Señor virey D. Francisco Javier Venegas.”

OBSERVACIONES.

En el largo período de once años de lucha, ningun suceso llamó tanto la atención (no solo de Nueva España sino de la metrópoli,) como la defensa que en Cuautla hizo el general Morelos. Increíble parece que una plaza abierta, sin grandes elementos, y defendida por un puñado de hombres, sin disciplina, sin conocimientos militares, y teniendo á su frente como jefe un eclesiástico que solo tenía un poco mas de un año de ser militar, pudiese no solo rechazar á un general experto, práctico y secundado por buenos jefes y tropas organizadas, sino romper el sitio cuando ya no tenía elementos de defensa, y abrirse paso por enmedio del enemigo. Este hecho que mientras mas el tiempo pasé será mas apreciado, dá una idea del genio militar de Morelos y de la heroica defensa que hizo en Cuautla. El mariscal Calleja no obstante de que tenía elementos muy superiores á los de Morelos, no solo no intentaba ya tomar la plaza, sino que en el mismo dia en que Morelos la evacuó, él había escrito al Virey manifestándole que ni el ejército, ni él podían ya permanecer en Cuautla. Hé aquí la comunicacion que le puso con fecha 2 de Mayo, á las cuatro y media de la mañana.

Excelentísimo Señor:

Conviene mucho que el ejército salga de este infernal país lo mas pronto posible, y por lo que respecta à mi salud se halla en

tal estado de decadencia, que si no la acudo en el corto término que ella pueda darme, llegarán tarde todos los auxilios. V. E. se servirá decirme en contestacion lo que deba hacer.

Dios guarde á V. E. muchos años.—Campo sobre Cuautla Mayo 2 de 1812.—A las cuatro y media de la mañana.

“Exmo Señor.—Félix Calleja.—Exmo Señor. Virey D. Francisco Xavier Venegas.”

Por esta comunicacion se ve que no podia haber entrado el ejército realista á Cuautla á las dos de la mañana como Calleja dice al Virey, cuando por el parte que acabo de insertar á las cuatro de la mañana de ese mismo dia, el caudillo realista insistió en levantar el campo. Lo positivo es que Calleja no supo la hora exacta, en que Morelos emprendió la retirada, ni porque punto la hizo y que debido á incidentes desgraciados que en esta clase de operaciones nunca faltan, el ejército realista pudo apercibirse de lo que ocurría con el enemigo. Otro historiador, Alaman, refiere de distinto modo que Bustamante, la evacuacion de Cuautla. Su narracion contiene puntos interesantes y á fin de que el lector pueda apreciar las diferencias paso á insertarla.

En esta, la miseria habia llegado al último grado: consumidos todos los alimentos. cuyos precios habian venido á ser exorbitantes, se habia ocurrido no solo á echar mano de las mas sucias sabandijas, sino que tambien se habian arrancado de las puertas de las tiendas los cueros viejos de toro, con que en aquel tiempo solian forrarse en vez de hoja de lata, que entonces era muy cara. Los forrajes escaseaban todavia mas, y la peste, causada por los malos alimentos y por el exceso de la bebida, pues el aguardiente de caña era lo único que abundaba, como artículo muy principal del comercio de aquel punto, habia hecho rápidos progresos. La iglesia de S. Diego, reducida á hospital, tenía gran número de enfermos, las casas estaban llenas de ellos, y cada dia morian veinticinco á treinta individuos. Era, pues, llegado el caso de capitular honrosamente en el orden de una guerra entre dos naciones; pero para Morelos no podia haber capitulacion en la guerra bárbara que entonces se hacia, Calleja se habia propuesto con el exterminio de los sitiados de Cuautla, aterrorizar á los insurgentes para que no intentasen defenderse haciéndose fuertes en las poblaciones. Por es-

to, habiendo recibido el bando del indulto concedido por las cortes en 9 de Noviembre de 1811 y publicado por el virey en 1.º de Abril, consultó á este en 17 del mismo si lo pasaba á Morelos por medio de un oficial parlamentario, siendo probable que lo recibiese, mofándose y haciendo morir al conductor, y si en caso de recibirlo y queriendo prevalerse del término de 15 días que en él se señalaba, accedía á una suspension de hostilidades, con la que se dejaría avanzar la terrible y destructora estacion de aguas que estaba ya próxima. No le quedaba pues á Morelos mas partido que perecer ó salvarse por una resolucion desesperada.

El estado de los sitiadores era tambien muy crítico. Aunque las lluvias no habian comenzado todavía, el excesivo calor y las frutas y comestibles del país habian multiplicado el número de enfermos, de los cuales á fin de Abril habia ochocientos en el hospital, y su falta recargaba demasiado el servicio para los sanos. Calleja, remitiendo al virey los estados semanarios de los hospitales, llamó su atencion sobre el aumento notable en el número de enfermos de una semana á otra, y le pidió la orden terminante de lo que debia hacer, en el caso difícil pero no imposible, de que Morelos hallase medios para sostenerse los pocos dias que faltaban para que comenzase la estacion de las aguas. Esta consulta la hizo el 24, por consiguiente antes que se verificase el ataque de Amelcingo y del campo de Llano para introducir el convoy. Venegas en contestacion, encargándose de la difícil posicion en que todo se hallaba, le dice: "tal es el estado de las cosas, y á pesar de ellas, Cuautla es el punto principal y el centro de donde ha de proceder el desembarazo de los restantes: es cuanto tengo que decir á V. S. sobre la importancia de llevar al cabo la empresa. César dijo despues de la batalla de Munda, que en otras habia peleado por obtener la victoria, pero en aquella por salvar la vida: no difiere mucho nuestra situacion." Calleja, ya mas seguro del éxito despues del ataque del 27, le respondió el 30 á las doce del dia: "En efecto, la situacion de César en Munda diferia poco de la nuestra; pero yo espero que el suceso será muy semejante al suyo, si apuramos nuestros recursos y las aguas se retardan." Las cosas habian llegado, pues; el dia último de Abril, despues de setenta dias de sitio, á un punto tal que la decision no podia demorarse, y esto dependia esencialmente de

una circunstancia independiente de los cálculos y disposiciones de los hombres: el principio de la estacion de las lluvias; estas se retardaron aquel año y el triunfo fué de los realistas.

Desde el dia 28 que fué el siguiente al ataque frustrado de Amelcingo, se observó en los sitiados el mayor sosiego y silencio: no se corria ya la voz á los centinelas, ni se veía movimiento alguno. Las avanzadas y escuchas del campo real informaron, que en la plaza solo se percibia un ruido sordo, como si taladrasen ó socabasen en alguna parte. Calleja bien instruido por los trasfugas, que eran numerosos en aquellos dias, del estado de espantosa miseria á que se hallaban reducidos los sitiados, presumió desde luego que se preparaban á salir de la plaza. Redobló su vigilancia y mandó que la caballería estuviese pronta á montar á cualquiera hora, teniendo siempre los caballos ensillados. El primero de Mayo hizo pasar á Morelos por medio de las avanzadas, dos ejemplares del bando del indulto, que habia hecho antes publicar en su campo y que aquel pareció recibir con regocijo, suspendiéndose los fuegos por una y otra parte; pero multiplicando, no obstante, Calleja sus medidas de precaucion.

"A las dos de la mañana del dia 2, estando la noche muy oscura, emprendió Morelos su salida, llevando Galiana la vanguardia con la mejor infantería armada de fusil: seguíanle doscientos cincuenta caballos, un número considerable de honderos y lanceros, y á continuacion una muchedumbre de gente de todo sexo y edad, cerrando la retaguardia otro cuerpo de fusilería, en cuyo intermedio iban las cargas y dos piezas pequeñas de artillería. Esta columna se dirigió con el mayor silencio por la caja del rio, al espaldon que la atravesaba al Norte y que defendian sesenta granaderos, los cuales atacados por una fuerza superior, se retiraron como se les tenia mandado, al reducto del Calvario, con lo que los sitiados pudieron derribar parte del espaldon, aunque bajo el fuego de los puestos laterales, y salieron por allí al camino de la hacienda de Guadalupita, derramándose luego por los que conducen á los pueblos situados en la extensa falda del Popocatepetl.

"Calleja, advertido del movimiento por el fuego vivo que por aquel lado se oía, conoció luego cuál era el intento de Morelos, é hizo que sin demora marchase el batallon de Asturias á apoderarse

de la fuerte posición de Buenavista, y el de Guanajuato á ocupar la población y batir la retaguardia enemiga si aun la alcanzaba en ella, cargando al mismo tiempo con toda la caballería sobre la columna de Morelos, y destinando un cuerpo que anticipadamente tenía nombrado, exclusivamente al alcance y persecución de los jefes

“La caballería realista desbarató fácilmente el grupo de gente inerme que salía en el centro y retaguardia, y alcanzando á la tropa mas granada, ésta se parapetó en las cercas de piedra que cierran los campos de las haciendas y desde ellas hizo un vivo fuego, pero flanqueada por su derecha, fué tambien puesta en dispersión. Entonces nadie pensó ya mas que en salvarse como pudo: los jefes que iban á la cabeza de la columna se fugaron, entre tanto que la caballería de Calleja se ocupaba en degollar á la gente infeliz que llenaba los caminos. Calleja dice en su parte al virey, que se contaron ochocientos diez y seis cadáveres en las cercas en que los insurgentes se sostuvieron y que las siete leguas á que el alcance se extendió, estaban tan cubiertas de ellos, que no se daba un paso sin que se encontrasen muchos; siendo casi todos costeños, pintos, negros y hombres decentes, y calcula la pérdida total de los insurgentes en cuatro mil hombres, en lo que sin duda hay mucha exajeración.

“La dispersión fué tan completa, que la reunión mas numerosa que quedó fué la que acompañaba á Morelos; este llegó al pueblo de Ocuituco al pié del volcan, perseguido tan de cerca por D. Anastasio Bustamante, entónces capitán y comandante de las guerrillas, y por D. Juan Amador, quienes con veinticinco dragones de San Carlos iban en su seguimiento, que debió su salvación á su escolta, la que mientras él mudaba caballo, lo defendió á costa de perecer casi todos los que la componían. Tomaron entónces los realistas el cañoncito llamado el *Niño* que hacia conducir Morelos cargado en una mula, que fué el primero que tuvo, y que como se dijo en otra parte, tenían los Galeanas en su hacienda, para hacer salvos en las fiestas de su capilla. De Ocuituco siguió Morelos á Guayapa, Izucar, en donde encontró á D. Miguel Bravo; Chetla y Chautla: en este último punto se detuvo un mes y reunió como ochocientos hombres de los dispersos de la tropa de Galeana y de la de Bravo, que habían logrado salvar sus armas. Según el mismo Morelos, su

pérdida durante todo el sitio, no pasó de cincuenta hombres muertos de bala, y ciento cincuenta de la peste, á mas de los que perecieron en la noche de la salida, de los cuales el capitán Yañez le refirió haber contado ciento cuarenta y siete, en la mitad del camino de Cuautla á Ocuituco.

“La de los sitiadores en el mismo período, según las listas oficiales que existen en el archivo general, fué de doscientos noventa y uno entre muertos y heridos. En el alcance fué muy corta la que experimentaron, aunque alguna causó la oscuridad y el ir mezclados unos con otros sin conocerse.

“Calleja, atacado de un derrame de bilis, estaba en su cama cuando se verificó la salida de Morelos, y tan afligida era la posición de las cosas, que en aquella misma madrugada escribió al Virey (la comunicación que ya conocemos). El coronel Echagaray, nombrado gobernador de la plaza, entró á ocuparla con la fuerza necesaria, para asegurar los efectos dejados por los insurgentes, recoger las que de estos habían quedado dispersos y desarmar la población, y aunque tomó las medidas posibles para evitar desórdenes, no pudo impedir que la tropa saquease las casas sin exceptuar las iglesias. Los soldados de Guanajuato, muchos de ellos mineros de profesión, al formar en la plaza, conocieron que el terreno estaba hueco: examinóse, y se encontró enterrada la artillería de Morelos, haciendo parte de ella una culebrina, cuyas varias vicisitudes representaban todas las alternativas que hasta entónces había tenido la guerra.”

“En Cuautla no encontraron los realistas habitantes, sino espectros: la hambre y la miseria se echaba de ver en todos los individuos del pueblo infeliz, sobre quienes estas calamidades habían especialmente recaído; pues en cuanto á la tropa de Morelos, todavía se encontró algun repuesto de víveres que le estaban destinados. Además, la peste había hecho terribles estragos: las casas estaban llenas de enfermos y de cadáveres, que no había quien hiciese enterrar. Este aspecto de desolación, enterneció á los soldados, quienes cedían sus ranchos á los infelices, para muchos de los cuales, en el estado de desfallecimiento en que se encontraban, el alimento era veneno, pues luego que lo recibían, morían. Calleja mandó se tomasen por el gobernador las medidas convenientes para socorrer y auxiliar á aquellos desgraciados, y para evitar que el ejército se

contagiase con la peste que estaba declarada en la población, prohibió que nadie entrase en ella, conservándolo acampado fuera hasta que marchó á otros puntos.

Entre los incidentes ocurridos durante el sitio, hubo varios que merecen se haga de ellas alguna mención. Los sitiados no se limitaban á la defensa, sino que insultaban y burlaban á los sitiadores, inquietándolos con falsas alarmas, lo que exitó tanto la cólera de Calleja; que tomada la plaza, previno al gobernador Echagaray, que solicitase cuidadosamente entre los presos, al negro José Andres Carranza, que salia á insultar á la tropa por el reducto del Calvario, y al tambor que por él mismo y otros puntos, tocaba por la noche el paso de ataque, y que los hiciese ahorcar, sin darles mas tiempo que el preciso para disponerse cristianamente, por su fortuna no fueron encontrados; habiendo salido con Morelos, y aunque de los demas presos, dispuso Calleja se separasen los principales, y se condujesen al campamento de la columna de granaderos, para formar las sumarias correspondientes, é imponerles el castigo que merecian, no aparece que fuese ejecutado ninguno.

Tenia consigo Morelos en Cuautla á su hijo mayor D. Juan Nepomuceno Almonte, á quien en sus declaraciones dijo que llamaba "su adivino," aunque sin explicar el motivo. Para su instruccion ó entretenimiento, habia hecho se le formase una compañía de niños de su misma edad, de la que lo nombró capitán, y era conocida con el nombre de la "*Compañía de los emulantes*." Estos niños salian á las trincheras, y una vez condujeron en triunfo á un dragon que hicieron prisionero, aunque él dijo que iba á presentarse á Morelos."

Este niño de que habla Alaman, es el mismo de quien Bustamante dice, que era sobrino de Morelos. Para terminar todo lo referente al célebre sitio de Cuautla y con lo que tambien concluye este tomo, insertaré las últimas providencias de Calleja y las que dictó el coronel D. José María Echagaray, nombrado gobernador de Cuautla.

Oficio con que habia de haberse pasado el bando del indulto á los pueblos y jefes de la línea, pero que suspendió en espera de la resolución del virey á la consulta que se le hizo por Calleja.

El estrecho sitio que sufre en Cuautla el cura D. José María Mo-

relos, y el riesgo casi evidente de perecer con toda su guarnicion y población si se obstina, ha movido el paternal corazón del Exmo. Sr. virey de estos reynos, que no puede ver sin el mas sensible dolor los inseparables males de una guerra intestina y desoladora, abrir nuevamente á todos una puerta decorosa y segura de sustraerse á ellos, publicando por bando el decreto de indulto, que con fecha del 9 de Noviembre del año próximo pasado acordaron, guiadas de los mismos sentimientos, las cortes generales extraordinarias en nombre de nuestro soberano el Sr. D. Fernando VII, representando por ellas durante su actividad, y del que acompaño á V. dos ejemplares para que lo mande publicar y fijar en ese pueblo en la forma acostumbrada.

No teme S. E. que la malignidad le atribuya á debilidad, porque el fuerte no necesita valerse de los artificios ni engaños que se reserva el débil para suplir la fuerza y el efecto, aunque tarde, desengañará á los que se equivoquen; y porque si á expensas de sufrir esta nota por algun tiempo salvase un solo hombre, nunca tendria de que arrepentirse.

Por mi parte no dudo que V. empleará su influjo y autoridad en restablecer la paz, el mas precioso de todos los dones, persuadiendo á unas gentes alucinadas que no saben por qué pelean, contra quién pelean, ni los horribles males en que con ellos mismos, sumergen al hermoso suelo que los vió nacer, haciéndoles entender, que hacen la guerra á su legítimo soberano, en cuyo nombre obran sus tropas y sus legítimas autoridades, y que ni ellas ni S. M. tienen otro objeto, que el de la felicidad pública é individual de todos ellos, y que para conseguirlo, nada otra cosa exigen que la obediencia racional, justa é indispensable para que subsistan los imperios.

Dios guarde á V. muchos años. Campo sobre Cuautla, Abril 17 de 1812.

No estamos en el caso de rogar con el indulto que el Exmo. Sr. virey no ha resuelto si debe ó no publicarse en Cuautla, pero ya que Vd., le ha hecho notorio, debe entenderse en el caso de que se rinda la guarnicion ó algun cuerpo armado de ella, pero de ningun modo admitirá Vd., á gentes desarmadas, niños ó mujeres, de las que conviene al enemigo desembarazarse, para disminuir sus consumos.

El fuego lo suspenderá Vd., por el término de cuatro horas, contadas desde las doce á las cuatro de la tarde, y lo mismo harán todas las baterías de la línea de contravalacion, á quien se lo prevengo; en concepto de que si el enemigo lo hace, se ocupa en trabajos de fortificacion, ó se dispone á una salida aprovechando este momento, deberán hacerse y siempre estar con mucha vigilancia, para evitar una sorpresa de que es muy capaz su mala fé.

Si se presenta algun parlamentario, único medio de tratar con ellos, se le venderán los ojos, y con custodia me le enviará al campo el jefe del puesto en que se presente, con lo que contesto al oficio de Vd., que acabo de recibir.

Dios etc.—Campo sobre Cuautla, Mayo 1.º de 1812.—Sr. jefe de línea D. Juan de Cándano (Era el comandante de Asturias.)

Se circuló á los Sres. Llano, comandante de Lobera, ídem del reducto del Calvario.

Respecto á que ha pasado el término que señalé para la suspension del fuego, sin que los de Cuautla se hayan presentado á gozar del indulto, la dignidad del ejército, no permite que tenga ninguna conversacion con ellos, y la prohibo enteramente, advirtiéndoles solo, que si quieren enviar algun parlamentario pueden hacerlo, y si lo ejecutasen se recibirá y conducirá como tengo prevenido.

Campo sobre Cuautla, Mayo 1.º de 1812.—Al Sr. Llano.—Al jefe de línea.—Al comandante del Calvario.—Al comandante de Lobera.

PARTE DEL GOBERNADOR DE CUAUTLA.

El honor que V. S. se sirvió dispensarme, nombrándome gobernador de Cuautla Amilpas, me hizo presenciar excenas tiernísimas de dolor, y conmociones inexplicables de alegría.

Cubiertos todos los puntos principales por el batallon de Guajuato y parte del de Asturias, que estaban al mando del comandante del primero D. Saturnino Samaniego, para impedir la entrada y salida de la gente; asegurada la útil, cuyo número ascendió á 492 individuos, incluso los que tenia en su poder el referido comandante, operacion que desempeñó con exctitud el capitan D. Fran-

cisco Martinez; teniente veterano de la Columna de granaderos con una partida de dragones de San Luis, comencé á dictar las demas providencias convenientes al estado del pueblo.

El presentaba la vista mas horrorosa; la mayor parte de las casas estaban destruidas por el cañon y la bomba: de entre las ruinas salia un fetor insufrible proveniente de los cadáveres de hombres y bestias mezclados unos con otros, de la inmundicia y basura que observaba en todas partes: los ayes y clamores de los que andaban por las calles solicitando alimento, extenuados, y reducidos al último extremo de miseria, exigian la compasion de todos: en los conventos de Santo Domingo y San Diego estaban ocupadas sus habitaciones con enfermos, sin distincion de sexo ni edad, las sacristias, las iglesias y aun las torres. Se encontraron en el primero 223 y en el segundo 362. ¡Qué tristeza infundia encontrar entre ellos cadáveres de dos ó tres dias, otros de ménos tiempo, y los que acababan de fallecer, mirar á otros agonizar, oír los lamentos y quejidos de los que agobiados de las enfermedades, solo esperaban hallar consuelo en la misma muerte!

En situacion tan dolorosa fué para mí del mayor consuelo encontrar en las instrucciones que V. S. se dignó darme, providencias benéficas, que reducidas á efecto con precision, fueron la ánco- ra que libertó de tan horrorosa tormenta un crecido número de personas. Separé los cadáveres de la vista de los enfermos, comisionando al sargento de mi regimiento Juan Gamboa, para que bajo su direccion los indios prisioneros hiciesen las zanjas necesarias y los enterrasen, como tambien los demás que se encontraron en las calles, casas y entre las ruinas.

Como la peste proviniera en la mayor parte del hambre que sufrió el pueblo, de resultas del estrecho bloqueo en que lo tuvo el ejército, comisioné al Br. D. José Mariano Ruiz Calado, cura de Yautepec, á quien V. S. destinó para capellan y juez eclesiástico de él, en solicitud de víveres: recorrió las casas existentes, y solo encontró porcion de maíz en las que habitaban los cabecillas. En el momento dí orden para reunir el mayor número de molenderas para hacer atole y tortillas, lo que se verificó dentro de la casa misma que ocupaba, y con tal arbitrio é introducir el agua, logré socorrer en el pronto la necesidad urgente en que se hallaban los en-

fermos miserables. No quedó uno que dejara de recibir este importante auxilio.

Desembarazado de esta primera atencion, é ínterin llegaba el socorro de víveres que pedí à V. S. realicé otras providencias muy útiles. De los presos destiné 441 para los trabajos precisos, todos de la ínfima plebe, exceptuando 51 que sus circunstancias exigian esta atencion. Entre ellos estaban tres eclesiásticos seculares y un religioso laico de S. Diego. A los reos de mayor gravedad se les aseguró con prisiones, para no entretener en su custodia la tropa de que se necesitaba para otros fines.

Destaqué varias partidas con oficiales para el reconocimiento de las casas, coleccion de armas y de bienes propios de los insurgentes; pero nada encontraron por estar saqueadas de antemano, como me lo expusieron en sus respectivos partes.

Pasé oficio al cura juez eclesiástico Br. Calado y al P. guardian de S. Diego, para que recogiendo el primero por formal inventario los vasos sagrados, ornamentos y demás perteneciente á la parroquia convento de Santo Domingo, lo entregara todo á la disposicion del Sr. diocesano, y el segundo lo hiciese de los suyos á la del R. P. provincial de su órden, con lo que desempeñé el particular encargo que en esta parte me hizo V. S. en la instruccion.

Se destruyeron veintidos trincheras fijas, inclusas las seis de la hacienda de Buenavista y diez movibles.

Recojí los 29 cañones que existian dentro del pueblo, los que mandé entregar á V. S., y en el parque de artillería cantidad de fierro, acero, balas de todos calibres. pólvora y cascos de granada, todo lo cual se halló en la tesorería, que era la casa del cabecilla Leonardo Bravo.

Se hicieron diferentes excavaciones en los lugares en que se sospechó haber quedado enterradas armas y otros útiles de los insurgentes, nada se encontró.

Publiqué el dia 4 los bandos números 1, 2 y 3 reducidos al socorro de los enfermos y pobres necesitados de alimentos, á recojer toda clase de armas de pertenencia de los rebeldes y de la de los individuos del pueblo, y á prefiar el término de tres dias para que lo desamparasen, trasladándose á otros de los que siguen la justa causa; me determiné á lo primero para salvar la vida á muchas

personas que parecían espectros por su debilidad, sin tener recursos para procurar sus alivios y subsistencia, y por la abundancia del socorro que V. S. con mano liberal, tuvo á bien se me remitiera por el señor intendente del ejército.

Si tuviese mi pluma el primor necesario, yo pondria á la vista de V. S. el cuadro tiernísimo que materialmente registré con mis ojos. Aquellas mismas gentes que solo aguardaban ser pasadas á cuchillo por el ejército vencedor, segun les anunciaron los cabecillas, al observar las disposiciones que he referido como quien vuelve de un letargo, comenzaron á desengañarse de ser falso el temor que se les procuró inspirar; pero cuando vieron que el bando llamaba á los convalecientes y á los pobres para ser alimentados; cuando observaron que yo, todos los oficiales y soldados, poniamos en sus manos el alimento de que tanto necesitaban, que los preferiamos sin distincion á nosotros mismos; y que nada teniamos reservado como diese en su beneficio, entónces cediendo á la razon y á la gratitud, sus voces, sus lágrimas y sus acciones, explicaron del modo mas enérgico los sentimientos de sus corazones conquistados por la misericordia y la beneficencia. Levantaban sus manos trémulas para dar gracias á Dios por tanta piedad, y su gusto, su alegría y el transporte de su regocijo, arrancó de nuestros ojos el llanto dulce que satisface á las almas que nunca se olvidan de sus semejantes, á quienes por un concepto de su creencia deben amar como á sí mismas; ¡qué bendiciones á V. S. de quien dimanaban todas estas disposiciones! En efecto: Cuautla ha presenciado el combate glorioso de las pasiones con el valor y la misericordia, el ejército del centro siempre vencedor, triunfó de la obstinacion y vicios de los rebeldes, y luego que envainó la espada, solo trató de la salud, de la vida, y la subsistencia de sus hermanos, añadiendo esta nueva y mas noble victoria, á la que acaba de conseguir con su esfuerzo.

No alcanzaron las medidas tomadas para libertar de las feroces garras de la muerte á 575 víctimas, sacrificadas por la peste desde el dia 2 hasta el 7 del corriente: quedaron enfermos y entregué al Sr. brigadier D. Ciriaco de Llano 151, para que de los hospitales en que existian, se trasladaran á las haciendas para su convalecencia.

En cumplimiento del tercer bando, se les dieron pasaportes á to-